

Ciudades, represas y reasentamientos urbanos. Dilemas y perspectivas encontradas.

Brites Walter F. Instituto de Estudios Sociales y Humanos (IESyH). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) UNaM. Argentina

Catullo Maria R. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Argentina.

Resumen.

Esta ponencia tiene por objetivo proponer una perspectiva teórica orientada a revisar el fenómeno de las relocalizaciones urbanas y reposicionar su estudio a la luz de la segregación urbana y sus efectos socio-espaciales. Diversos autores han considerado relevante diferenciar las relocalizaciones urbanas de las rurales, fundamentado las especificidades que presentan los procesos urbanos de reasentamiento. Partiendo del pionero estudio de Bartolomé (1985) consideramos que las relocalizaciones desencadenan variados efectos perturbadores, caracterizados por un agudo empobrecimiento de la población, así como crisis, tanto en las estrategias adaptativas, como en los sistemas de organización colectiva y de supervivencia.

En contextos urbanos, las relocalizaciones masivas, más allá de afectar las viviendas y el barrio, (así como el modo de vida) también re-estructuran áreas de la ciudad. Muchas veces seguidamente al desalojo, las áreas afectadas reciben el efecto de obras públicas y la revalorización urbana, a tiempo que los desplazados son confinados en conjuntos habitacionales periféricos, sufriendo la pérdida del derecho al espacio urbano y a las estructura de oportunidades. En este contexto encuadramos la necesaria teorización entre la relación de los procesos compulsivos de relocalización y segregación socio-espacial.

Sostenemos que a los problemas generales que ocasionan las políticas de relocalizaciones se suman aquellos específicos que desencadena de la segregación socio-espacial, entendido como un proceso que genera homogenización social interna y diferencias, con dificultades para la interacción social en el espacio urbano. En este sentido, esta propuesta teórica incorpora como relevante *el fenómeno de las relocalizaciones, y las dinámicas de*

segregación socio-espacial, en tanto elementos que profundiza las diferencias y la fragmentación del espacio urbano.

La relocalización como ideología y materialidad.

Al hablar del impacto generado por el embalse de una gran presa, con frecuencia, se pone en primer plano, los efectos físicos, ambientales y ecológicos como los más preocupantes, en tanto la dimensión social es relegada a una escala de menor importancia, por ser un problema indiscutidamente solucionable por medio de la única alternativa: la relocalización de la población afectada.

De acuerdo a la Comisión Mundial de Represas (CMR) el desplazamiento en Latinoamérica es notable, pues hasta el año 2000 aproximadamente 580.000 personas habían sido desplazadas a causa de unos 62 grandes represas (MaCully, 2004). Un cuestión que es importante tener en cuenta, ya que en la actualidad están en curso más de 300 mega-proyectos en la región y, de estos alrededor de un 50% implican la adquisición de tierras con el consecuente reasentamiento de población (WBG 2011).

El reasentamiento poblacional generado por las obras complementarias a una represa es frecuentemente elaborado e impuesto a partir del eufemismo de las denominadas “relocalizaciones para el desarrollo” (Scudder y Colson; 1982)¹. Un tipo de visión que se basa en el supuesto de que los programas y proyectos relacionados con grandes emprendimientos están *necesariamente* destinados a beneficiar a la población afectada. Aunque es importante tener en cuenta que detrás del ropaje del desarrollismo, los reasentamientos no son solo proyectos técnicos y de planificación, sino fundamentalmente procesos, socio-culturales, políticos, discursivos e históricos (Serge, 2011: 15).

La construcción de grandes represas hidroeléctricas es el resultado de múltiples aspectos económicos, sociales, políticos, culturales, técnicos y ecológicos (Radovich, 2011). El informe AIDA (2009), analiza a través de casos testigos (Yacyretá, en Argentina y

¹ De acuerdo a Scudder y Colson, este tipo de relocalización difiere de las que sufren los refugiados de guerra o los afectados por desastres naturales (Scudder y Colson, 1982).

Paraguay; Río Madeira, en Bolivia y Brasil; Baba, en Ecuador; Chan-75, en Panamá; y La Parota, en México) como los gobiernos comúnmente se desvían de la normas y legislaciones estatales violando una serie de leyes ambientales y derechos sociales. El informe documenta que detrás de la ideología progresista, frecuentemente hay desalojo por la fuerza de familias y grupos sociales privándolos de la tierra, fuentes de agua o trabajo tradicional. Estas políticas de las represas recaen sobre los grupos más vulnerables como indígenas, afrodescendientes y campesinos pobres.

En América Latina varios emprendimientos hidroenergéticos (Yacyretá, Salto Grande), plantearon el fenómeno de las poblaciones desplazadas como resultado de sus efectos generando programas de relocalización que fueron acompañados de eufemismos como el de “la renovación urbana y el embellecimiento de las áreas de influencia”. De hecho la construcción de las mayor parte de las represas anclaron sus fundamentos en el anhelado “desarrollo regional”. Tanto la magnitud de estos proyectos como la bienestar y desarrollo para la región coinciden con la elaboración e imposición de una visión positiva de los efectos. A este proceso Lins Ribeiro (1985) denomina una *ideología de la redención*, cuya matriz principal es la ideología del progreso, que muchas veces toma la forma del desarrollismo, es decir, la suposición de que los proyectos de gran escala son positivos, porque desarrollarán una región suministrando bienestar a todo el mundo (Lins Ribeiro; 1985: 33). De hecho, el desplazamiento emerge de manera inherente al desarrollo, a los megaproyectos y la modernidad (Gellert y Lynch 2003).

Un gran número de casos estudiados evidencian que los programas de relocalizaciones son acompañados de procesos discursivos legitimadores de una práctica erradicatoria oficial. En este sentido, la mecánica coercitiva de la relocalización es teñida, discursivamente (desde el Estado), por una visión “eufemística”: el desarraigo y el traslado son presentados ante la sociedad en términos de *beneficio y progreso*, debiéndose sacrificar las voluntades de los sectores afectados. Este proceso, sitúa a la agencia de relocalización (y al Estado) en una relación ineludible con aquellos sectores a ser desplazados de sus originales lugares de vida.

De forma paralela al eufemismo de la visión progresista, los procesos de relocalización son violentos y a menudo (cuando se trata de colectivos sociales pobres) conllevan una diferenciación estigmatizada de la población a relocalizar. Sus lugares de vida molestan, son vistos como núcleos no higiénicos, que además no solo constituyen una amenaza, sino que contaminan visualmente a la ciudad y por lo tanto, *la relocalización es la solución*. Por regla general, como construcciones ideológicas, las acciones relocalizatorias reflejan concepciones específicas de la realidad. Acciones que son acompañadas por políticas propagandísticas con slogans que incentivan el “cambio”, de modo que la construcción del proceso de legitimación apela a contraponer la fatalidad del pasado frente a la prosperidad del futuro, lo que en otras palabras, se traduce en el atraso versus el progreso². En este sentido, la construcción física y la retórica-discursiva serían responsables de los procesos transformativos, de manera que lo discursivo está orientado a cierta materialidad, lograda o anhelada. (Salamandra; 2004).

En el proceso de desplazamiento y retomando la categoría de desarraigo, no es solo una deslocalización del lugar de vida, sino una desposesión y pérdida de los espacios vitales de la vida cotidiana. El desplazamiento compulsivo se expresa como la falta de opción por parte de los desplazados para permanecer en sus lugares de vida. Un mecanismo de compulsividad es además de la estigmatización (Hermitte y Boivin 1985), violencia verbal y física, la construcción de ilegitimidad jurídica y la falta de procesos y políticas participativas. En especial la población más pobre es más vulnerable a los procesos de desplazamiento. De modo que el reasentamiento involuntario afecta con mayor frecuencia a poblaciones que presentan varias características en común: se trata de grupos situados en una posición de marginalidad social, económica, geográfica y política y en muchos casos hacen parte de una minoría étnica (Serje, 2011: 3). Como señalan Calderón y Szmukler (1996) los pobres no sólo están económicamente excluidos sino en especial política y socialmente, razón por la cual su capacidad de ejercer presión sobre los gobiernos es escasa realimentándose el círculo vicioso de la desigualdad y la pobreza.

² Las políticas relocalizatorias son acompañadas de slogans progresistas que, más allá de reconocer el desarraigo, destaca los aspectos benéficos del traslado, como ser la posibilidad de acceso a una *verdadera solución habitacional* por parte de hogares de escasos recursos, o simplemente la habitabilidad en verdaderos barrios dotados de infraestructura.

A pesar del “discurso progresista” de los efectos positivos de la Represa y las relocalizaciones; como el de *la energía limpia y el desarrollo sustentable, la reorganización de la trama urbana, los beneficios de una vivienda nueva y digna*, etc., las experiencias gestadas hasta el momento señalan que los cambios en el escenario económico y sociocultural que genera el proceso de reasentamiento, dan por resultado efectos realmente traumáticos: fractura de redes sociales, quiebre de economías domésticas, aislamiento, pobreza generalizada, etc. Por ello, siempre es necesario poner en confrontación el discurso oficial, legitimador y benéfico de las relocalizaciones con los “efectos reales” que el proceso de relocalización ocasiona.

El pionero estudio de Bartolomé (1985) señala que las relocalizaciones desencadenan un “efecto entrópico”, caracterizado por un agudizado empobrecimiento de la población, así como crisis, tanto en las estrategias adaptativas, como en los sistemas de organización colectiva y de supervivencia. En si, “toda relocalización compulsiva constituye de por si un drama y, por lo tanto expone a la luz los mecanismos básicos que sostienen el tejido social de una comunidad humana, y en especial aquellos que hacen a su ajuste con el medio físico y social” (Bartolomé: 1985; 12). De modo que las relocalizaciones, más allá de afectar las viviendas y el barrio, impactan negativamente sobre un conjunto de variables cruciales para la organización colectiva de la población. Además de modificar aspectos de la vida cotidiana y local de los afectados (Catullo 2006) e instalar un acelerado proceso de cambios socioculturales que superan la temporalidad de la construcción que el proyecto requiere (Radovich 2011).

Las relocalizaciones son frecuentemente entendidas en términos de “reasentamiento involuntario”. Softestad (1991) entiende a este proceso como “transferencias de población”, en el marco de acciones programáticas de reubicación poblacional impuesta por el Estado, en función de múltiples propósitos.

La naturaleza compulsiva y temporalmente acotada del desplazamiento “priva a los relocalizados de una auténtica posibilidad de optar por el mantenimiento del *status quo*” (Bartolomé: 1985; 9). El desplazamiento, al forzar el abandono de sus hogares y hábitat tradicionales, imposibilita de manera inmediata el desarrollo de un modo de vida y de una

organización doméstica; social; territorial; etc., afectando de manera inmediata a los procesos adaptativos y reproductivos de los núcleos domésticos. Es precisamente por la característica de estos eventos que las relocalizaciones forzosas constituyen un “drama social” con variadas manifestaciones. En este sentido Thayer Scudder (1973) sostiene que el impacto de una relocalización forzosa, desata lo que él denomina un “*stress multidimensional de relocalización*”, haciendo referencia al impacto en los niveles psicológicos, fisiológicos y sociocultural de los afectados.³ A juicio de Bartolomé (1983) la hipótesis básica que subyace a este concepto es que la relocalización compulsiva genera una crisis de identidad socio-cultural que lleva a cuestionar la eficacia y validez de los mecanismos adaptativos tradicionales, la comunidad y su estilo de vida⁴.

La alienación relacionada con el “apego al lugar” (Cernea 1989) es un efecto muchas veces notorio de las relocalizaciones, conjuntamente con la desarticulación de redes sociales y la fisura de lazos comunitarios que la disposición del espacio posibilitaba en un contexto de pre-traslado. Los trabajos de Oliver-Smith ponen de relieve que detrás de los procesos de resistencia hacia alguna forma de reasentamiento se encuentra la importancia y valoración del lugar en la cultura humana (Hansen y Oliver-Smith; 1982). No obstante, puntualizamos aquí, que a pesar de que la población relocalizada se ve expuesta a múltiples riesgos, sus efectos tienen muchas veces consecuencias variadas. Diversos estudios presuponen que todo proceso relocalizadorio representa un proceso de cambio social acelerado expresando un drama social con características políticas (Scudder y Colson, 1982; Bartolomé, 1984; Catullo, 1996).

En muchos casos la relocalización implica la desaparición de muchas ocupaciones informales de subsistencia posibilitadas por el nicho físico y social de los relocalizados, marco en el que la población suele cuestionar los supuestos efectos benéficos de su

³ Para Scudder, esta tensión o estrés se traduce en una agresión multidimensional (psicológica, fisiológica y sociocultural) que de ser prologada lleva a un organismo individual o un colectivo social a desarrollar patologías, irregularidades, procesos de anomia, somatización de enfermedades, etc.

⁴ En otro estudio Bartolomé (2005: 73), señala: “Vivir bajo la amenaza de una relocalización no deseada hace la vida aún más incierta y acorta el horizonte temporal para cualquier planificación”.

desplazamiento. Así, Oliver-Smith (1992) señala que conjuntamente con los procesos de reasentamiento emergen nuevos espacios de socialización que manifiestan expresiones políticas y que resultan cruciales no solo para la identidad de la gente afectada sino para la construcción de formas de resistencia y negociación al traslado.

Es pertinente diferenciar las relocalizaciones rurales de las que se producen en contextos urbanos. Bartolomé puntualiza que el análisis de las relocalizaciones urbanas debe “partir del análisis de las características formales y funcionales de los contextos urbanos dentro de los que tienen lugar, así como de la inserción de los ‘represados’ dentro de estos sistemas” (1984a: 131). Al margen de los efectos relocalizatorios de los grandes proyectos hidroeléctricos, el encuadre de la problemática de la relocalización urbana, se desarrolla en el marco constituido por los procesos de “renovación urbana” y de erradicación de asentamientos informales, de intrusos e ilegales, por lo que la cuestión habitacional vinculada al reasentamiento cobra vital importancia.

Más allá de los diversos antecedentes, aquí citados, consideramos que las políticas de reasentamiento desencadenan procesos complejos, no siempre homogéneos. Los impactos sobre las poblaciones expresan ciertas particularidades, siendo sus efectos (en muchas ocasiones) disimiles y diferenciales, dependiendo de la naturaleza del proyecto, la característica de la población afectada, y las especificidades de las variables de contexto. Por lo que ponemos de relieve los efectos diferenciales, siempre característicos del efecto desigual que generan los denominados proyectos de desarrollo (Brites y Catullo 2015).

Desarrollo, relocalización y reconfiguración en la ocupación del espacio.

A pesar de los efectos sobre las condiciones de vida de las poblaciones desplazadas, en contextos urbanos las relocalizaciones re-estructuran los patrones de ocupación del espacio urbano (Brites 2012, Barreto 2004). Un notable efecto de la relocalización, es generado a partir del lugar donde se emplazan los conjuntos habitacionales, comúnmente en áreas periféricas o de apertura urbana. Cuando los desplazamientos son direccionados hacia

territorios periféricos, extremadamente alejados, los grandes proyectos alteran la estructura física y social de la ciudad, generando otros procesos como la segregación socio-espacial.

Al margen de las relocalizaciones generadas por grandes proyectos hidroeléctricos, hoy las relocalizaciones son un fenómeno extendido en el marco de las políticas urbanas, muchas veces devenidos de la necesidad de paliar en gran medida las problemáticas surgidas a partir del rápido crecimiento de las ciudades y del incremento de la pobreza urbana. De allí en más que la característica peculiar de estos procesos de erradicaciones violentas, lo constituyen programas de inversión rigurosa y conscientemente planificados que despliegan intervenciones que siempre avanzan irremediamente sobre el territorio ocupado, relocalizando a los pobres en los espacios periféricos o residuales.

Las experiencias acumuladas en materia de programas de relocalización implementados en diversas ciudades (Posadas, Encarnación,) pone al descubierto que las decisiones involucradas en su planificación tienden a compensar prioritariamente la pérdida del bien más visible: la vivienda. No obstante, su localización en nuevos barrios construidos en espacios no articulados a la trama urbana, donde el suelo es barato y, no hay servicios e infraestructura básica, es una descompensación que desata nuevos problemas. En este contexto, el abordaje de la problemática de las poblaciones desplazadas debe incorporar las dimensiones analíticas de la relocalización y la segregación, en tanto procesos que generalmente ofician de escenario a una multiplicidad de efectos, con implicancias en un conjunto de transformaciones en las condiciones y estilos de vida de aquellas familias que fueron obligadas a vivir en nuevos conjuntos de viviendas muchas veces en la periferia urbana (Brites, 2011).

La compensación habitacional que generalmente suelen contener los programas de relocalizaciones urbanas, hacen sinergia con la forma en que corrientemente se plantean las políticas de viviendas para sectores populares. Esto es, la casa individual, construida fragmentadamente en lote, en grandes complejos habitacionales en las afuera de la ciudad. Esta materialidad urbana, termina habilitando áreas de concentración espacial (con características de gueto) a fin a una política adoptada por las fuerzas dominantes de la sociedad con el objetivo de separar y limitar a determinados grupos, lo que además trae un

aparejado proceso de inferiorización de sus habitantes (Marcuse, 2004: 25). De este modo, el análisis de las políticas de relocalizaciones no pueden obviar los problemas generales de la segregación socio-espacial y la fragmentación del espacio urbano, en tanto elemento que profundiza las distancias físicas y sociales.

Desde esta perspectiva, la relocalización de poblaciones urbanas concurren en asociación con aquellos procesos específicos que desencadena la segregación socio-espacial. En otras palabras, el traslado de población pobre y marginalizada a las periferias limita las capacidades que tienen las familias de integrarse a la dinámica social urbana, proceso que a su vez incrementa la dualización socio-espacial. En este sentido, esta propuesta teórica incorpora como relevante la acción conjunta y específica de la dinámica relocalización-segregación, en tanto proceso que profundiza la fragmentación del espacio urbano, habilita nuevos enclaves para la vida de los desplazados y genera eventos sociales dramáticos en diversos alcances.

Más allá de la fuerza exógena y alienante con la que operan los grandes proyectos de desarrollo e intervención urbana, y sus derivaciones (nuevas centralidades, desplazamientos, periferización, dualización socio-espacial, etc.), la población procesa, experimenta y actúa sobre esas realidades. En este sentido, consideramos al espacio urbano, no como una construcción ingenieril, sino como una construcción social, son las relaciones económicas, políticas y sociales las que de alguna manera dan forma y condicionan el espacio construido.

El análisis conjunto de las dimensiones relocalización-segregación, lleva a analizar el plano más amplio del espacio urbano de una ciudad. Así cada fracción urbana debe ser analizada en sus especificidades, pero al mismo tiempo comprendida en sus relaciones con otras fracciones y otros espacios urbanos; relaciones que son establecidas a través de las prácticas de diferentes actores sociales (Sposito, 1999^a: 88).⁵ Comprender los procesos de segregación es entonces comprender (más allá del espacio físico perceptible), el complejo

⁵ El esfuerzo teórico en distinguir la forma urbana de su contenido, es entonces necesario para que se puedan comprender las correlaciones existentes entre esos niveles de realidad. (Lefebvre, 1983; Sposito, 1999).

entramado de prácticas y políticas que condicionan la constitución de esos espacios y sus características.

En otros estudios (Brites, 2013 y 2015), propongo además, que en contextos urbanos, es más notable el efecto segregador de la relocalización, el desplazamiento desde un área con características de centralidad urbana (acumulación de actividades, intercambio de bienes y servicios, ventajas de la vida urbana, etc..) hacia otras con cualidades diferentes en términos de ausencias/carencias que se traducen en desventajas. Sin embargo, y a partir de este efecto, se hace crucial señalar la repercusión del proceso de traslado en otras dimensiones de la vida cotidiana, como en lo económico, lo reproductivo, lo socio-organizativo, lo identitario, lo cultural, etc.

El aspecto económico refiere al nivel del micro espacio de la familia y sus estrategias de supervivencias, la búsqueda de recursos y satisfactores orientado a generar estabilidad y prácticas reproductivas domésticas. A nivel colectivo (el barrio), la relocalización acarrea fisura en redes sociales generando procesos desorganizadores, pero a la vez re-organizadores, se reconstituyen tramas de relaciones en el nuevo espacio local. En ese marco, el compartir un nuevo barrio, en tanto lugar de vida, recrea nuevos procesos identitarios expresados a través de la acción colectiva, disposiciones prácticas y nuevos saberes.

Pobreza y nuevas adversidades.

La problemática particular de las relocalizaciones se enmarca dentro de una problemática más general: los procesos de vulnerabilidad que afectan de manera creciente a los sectores más pobres de la sociedad, desatando situaciones que atentan contra la capacidad de resolver los problemas que plantea la subsistencia y el logro social de una calidad de vida satisfactoria.

Como varios estudios señalan, la subsistencia de los sectores carenciados no depende exclusivamente de sus relaciones con el mercado de trabajo, ni por ende de los ingresos monetarios, sino de un conjunto complejo de prácticas y estrategias asociacionistas

orientadas a captar recursos. (Pobur: 1999; Lomnitz: 1975; Jelin: 1988). En este sentido, los procesos de relocalizaciones generan efectos perturbadores en las condiciones y estilos de vidas de los afectados, ya que en gran medida concurren a desorganizar o desestructurar totalmente los sistemas de subsistencias y reproducción que los mismos habían logrado configurar en sus contextos físicos y sociales anteriores. La relocalización actúa fracturando redes sociales y comunitarias, muchas veces cruciales para la subsistencia.

En contextos urbanos los procesos compulsivos de desplazamiento redimensionan su problemática y efectos, expresando un hecho colectivo de características complejas con eminentes impactos negativos sobre los afectados: no sólo vulnerabilizan la vida cotidiana de individuos y los grupos domésticos, sino precisamente la organización y las prácticas de subsistencias/reproducción. El deterioro en las condiciones de vida de familias, la rupturas de sus estrategias de supervivencias, y la emergencia de nuevas adversidades produce una pobreza de arrastre más acentuada. Este fenómeno puede ser entendido como una “doble exclusión” a las tradicionales situaciones de carencias y exclusión social, se le suma una drástica exclusión territorial; lo que implica tener que vivir bajo condiciones de incertidumbre incrementada y de mayor vulnerabilidad, tornando así perpetuante su condición de pobreza.

El anclaje espacio-temporal del hábitat de estos sectores consolida una trama de relaciones y prácticas con funcionalidades multidimensionales, entre ellas la supervivencia. En muchas ocasiones a pesar de la precariedad de los asentamientos su localización otorga una estructura de oportunidades: proximidad al mercado de trabajo urbano, minimización de tiempos, distancias, costos en transporte etc. En este sentido, cuando los procesos de desplazamiento se realizan desde áreas más integradas a la centralidad urbana hacia zonas de periferia sub-urbana, el proceso incide de manera más notoria en las estructuras de oportunidades vinculadas al hábitat, lo que repercute en las prácticas reproductivas, alterando su eficacia, y ampliando o intensificando los niveles de pobreza. De esta manera, la relocalización empuja a fuertes cambios y reajustes en el proceso de reproducción de estos colectivos sociales, (su organización doméstica y de supervivencia). El ámbito doméstico aparece así, como el espacio en el que se procesan las decisiones (los cambios y reacomodos) necesarias para alcanzar la subsistencia y la reproducción.

En el contexto de esta discusión, resulta de utilidad, la “teoría de la estructuración” de Giddens (1985), en la medida en que permite dejar de lado los determinismos y acceder a una comprensión multidimensional de las prácticas. Principios derivados de la teoría, señalan que la “estructuración”, propia de toda actividad humana, es un proceso recursivo de acción-estructura en el marco de una coyuntura espacio-tiempo (Giddens, 1978 y 1995). Los actores sociales, reproducen, pero también son agentes de transformación y cambio, definen situaciones, construyen problemas y necesidades, reflexionan y actúan. Desarrollan una *praxis* que amalgama agencia-estructura y opera en un espacio-tiempo.

La relocalización quebranta las ventajas asociadas a la localización del hábitat e introduce incertidumbre en las prácticas de subsistencia de los desplazados. De allí que surgen algunos interrogantes: ¿Qué hacen los pobres urbanos para sobrevivir en una coyuntura de crisis como la relocalización?, ¿Qué hace recaer sobre ellos mayores costos económicos y sociales? ¿Cuáles son las respuestas que despliegan estos sectores cuando son forzados a abandonar sus asentamientos? y ¿Cuáles serán sus necesidades y posibilidades en el marco de los acontecimientos de relocalización?.

Desde la antropología numerosos autores (Lomnitz, 1978; Campbell, 1980; Leeds, 1973) sostienen que las estrategias de los sectores pobres concurren a reducir la incertidumbre acerca del futuro, introduciendo estabilidad en una situación incierta e impredecible y, minimizando el desequilibrio (fragilidad) del grupo doméstico frente a los continuos cambios y agresiones. En tal dirección otros autores definirán a la estrategia como una “*estrategia de mínima vulnerabilidad*” (Hoopes y Witheford, 1981: 12)⁶. En este sentido la puesta en prácticas de estrategias por parte de los estratos más deprimidos de la población, aparece como un mecanismo de respuesta orientada a amortiguar los efectos de crisis e inestabilidades socio-económicas.

Las relocalizaciones generan una gama de efectos transformativos y perturbadores para las prácticas planteando serias dificultades para sostener la sobrevivencia. Sin embargo, y a

⁶ Citado por Bartolomé, 1985: 87.

pesar del declive de una forma de vida, el nuevo medio constituyen un ámbito para la emergencia y puesta a prueba de nuevas prácticas y formas de subsistencia, a fin de enfrentar las cotidianas y diferentes situaciones de adversidad a que se ven sometidos.

Las relocalizaciones como políticas urbanas generan transformaciones y reestructuraciones que operan no solo en el plano de la ciudad, sino al interior de los colectivos sociales y sus prácticas. Las estrategias y los esquemas de subsistencias se plantean en contextos más adversos, donde la relocalización actúa desafiando a los hogares de las redes de intercambios sociales pre-establecidas. El desplazamiento genera nuevas distancias físicas y sociales, que además fragmenta formas de participación en la vida urbana.

Reflexiones finales.

Las distintas experiencias de reasentamiento involuntario en Latinoamérica, además de ser polémicas por consecuencias socio-ambientales, se encuentran asociadas a diversas situaciones que la complejizan, como la situación de pobreza e inequidad social, la vulnerabilidad socio-geográfica y la exclusión.

En el marco de los denominados proyectos de desarrollo, los reasentamientos urbanos constituyen un fenómeno complejo de efectos multidimensionales, desde la transformación urbana más general y la alteración en los patrones de ocupación del espacio, hasta los cambios en los estilos de vida y las estrategias reproductivas de los desplazados. Además, hemos remarcado que en el contexto de las ciudades, las relocalizaciones constituyen un escenario propicio para el desarrollo de políticas vinculadas con la revalorización urbana, de embellecimiento selectivo y segregación socio-espacial.

La problemática particular de las relocalizaciones se enmarca dentro de un fenómeno más general: los procesos de vulnerabilidad que afectan a los sectores involucrados y que atentan contra la capacidad de resolver la subsistencia y el logro de una calidad de vida satisfactoria. En otras palabras, el conjunto de los cambios que plantea el desplazamiento dan cuenta del alto costo que la crisis desencadenadas por las relocalizaciones compulsivas tienen, no solo en el terreno micro-social de las relaciones domésticas y familiares.

En contextos urbanos la interacción de procesos relocalización/segregación se vuelve más patente, tornándose crucial el análisis de las emergentes formas de vida en los conjuntos habitacionales hacia los que son desplazados. El efecto desorganizador de la relocalización: la fractura de redes sociales y de las estrategias de subsistencia, la falta de empleo, la pobreza, el desarraigo, etc., se desarrolla en paralelo al aislamiento, la precariedad del habitar, la carencia de bienes y servicios de consumo colectivo. De manera que la emergencia de estos problemas individuales (de los hogares) y colectivos (del barrio), no refiere de manera exclusiva e inherente a la relocalización, sino también a manifestaciones relacionadas con la segregación socio-espacial.

Desde esta perspectiva una política de erradicación compulsiva constituye un modo inequitativo de organizar la ciudad, ya que de hecho constituye una “política urbana totalitaria”, que promueve la segregación objetivando la exclusión: a las situaciones de inestabilidad económica y pobreza que se generan en las personas, se suma la desestructuración familiar y del entorno social fragmentado, en donde se reproducen círculos viciosos de declive y vulnerabilidad socio-territorial que amplían las distancias socio-espaciales y priva del acceso servicios urbanos esenciales.

Referencias.

AIDA 2009. Asociación Interamericana para la Defensa del Ambiente. Grandes Represas en América, ¿Peor el remedio que la enfermedad? Principales consecuencias ambientales y en los derechos humanos y posibles alternativas. Disponible en <http://www.aida-americas.org/es/project/grandesrepresas>

Bartolomé, Leopoldo (1985). Estrategias adaptativas de los Pobres Urbanos: el efecto entrópico de la relocalización compulsiva. En: Bartolomé, L.J. (comp.). *Relocalizados: Antropología Social de las Poblaciones Desplazadas*. (pp 77-103.). Buenos Aires: IDES.

Brites Walter (2013) “Desplazados y relegados. Cuestiones de pobreza, segregación y agencia”. *Revista Internacional de Investigación en Ciencias Sociales*, volumen 9 número 2, dic. 2013. Universidad Autónoma de Asunción.

Brites Walter y Catullo Maria (2015). “Procesos de relocalizaciones. Las especificidades de los reasentamientos urbano y su incidencia en las estrategias adaptativas”. En revista *Avá* Nro 25. pp. 93-109. Posadas.

Brites, Walter. La mega-hidroeléctrica Yacyretá en el vórtice de las reconfiguraciones urbanas. El caso de las ciudades de Posadas, Argentina y Encarnación, Paraguay. En *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 4(2), Barcelona. 2014. pp. 91-107.

Calderon Fernando y Szmukler Alicia (1996). “La pobreza y las nuevas condiciones de la desigualdad.” En *revista Nueva Sociedad*. Nro. 131 mayo- junio. Caracas Venezuela.

Campbell, Tim (1979) “Resource transformation in aquatter housenholds. Testing a model of urbanim. Berkeley. California Ph. D. Thesis, m/s 1979.

Castells, Manuel (1999). *La cuestión urbana*. Ed. Siglo XXI España, decimoquinta edición.

Gellert, Paul. y Lynch, Barbara. (2003). "Mega-projects as displacements.". *International Social Science Journal*: ISSJ 55 (175) 15-25 UNESCO. Published by Blackwell Publishing Ltd. Oxford UK.

Giddens, Anthony. (1985). *The Constitution of Society, Outline of the Theory of Structuration* University of California Press. Berkeley and Los Angeles.

Giddens, Anthony. 1979 *Las estructuras de clases en las sociedades avanzadas*. Alianza. Madrid.

Hermitte Esther y Boivin Mauricio. (1985). Erradicación de "villas Miserias" y las respuestas organizativas de sus pobladores. En: *Relocalizados: Antropología Social de las Poblaciones desplazadas*. Ides. Buenos Aires.

Jelin Elizabeth (1988) *Pan y Afectos: la transformación de las familias*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. Argentina.

Leeds, Anthony. (1973). "Locality Power in relation to supralocal power institution" En: Aidan Southall, comp; *Urban Anthropology*. Oxford University Press, Nueva York.

Lomnitz, Larissa. (1975) *Como Sobreviven los Marginados*. Siglo XXI 3ra. Edición, México.

McCully, Patrick, (2004) *Ríos Silenciados*, Anexo, Proteger Ediciones: Santa Fe, Argentina (2004).

POBUR. 2000. Informe Final Proyecto Pobur. Determinantes Estructurales y Estrategias Reproductivas de la Pobreza Urbana. (UNaM- CONICET)

Radovich Juan Carlos. (2011) Impacto social de las grandes represas hidroeléctricas: Un análisis desde la Antropología Social. En: Griselda D. Capaldo (Ed.) *Gobernanza y manejo*

sustentable del agua – Governance and Sustainable Management of Water. Ed. Mnemosyne. Buenos Aires. Págs: 387-398.

Salamandra, Christa. 2004. A New Old Damascus: Authenticity and Distinction in Urban Syria. Indiana University Press.

SERJE, Margarita (2011) Los dilemas del reasentamiento: Introducción a los debates sobre procesos y proyectos de reasentamientos en Los dilemas del reasentamiento, Serje, M. y Anzellini, S. (comps) Bogotá: Ediciones de la Universidad de los Andes, pp 17-42.

Softestad, Lars (1991). “Anthropology, development, and human rights: the case of involuntary resettlement” en Eberhard Berg et al. (eds.) Ethnologie im Widersteit. Kontroversen über Macht, Geschäft, Geschlecht in fremden Kulturen. Festschrift für Lorenz G. Löffler, pp 365- 391.

WBG-World Bank Group (2011). Workshop on the regional centers for social development. Washington DC. April 25-26.